

LEVIATÁN RELEGADO

Santos Juliá

Babelia, 5 de febrero de 1994

Víctor Pérez Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza, 1993, 395 páginas.

Pérez Díaz es, de los sociólogos españoles, el autor de algunas de las más penetrantes reflexiones sobre los procesos de transición política y cambio cultural acontecidos en los últimos años. Sus estudios sobre la orientación de los agricultores de Castilla hacia el mercado, la experiencia obrera de negociación colectiva, la adaptación de la Iglesia a una sociedad secular o sus trabajos sobre neocorporatismo y mesogobierno, recogidos en *El retorno de la sociedad civil* (Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1987), abrieron nuevas perspectivas a la comprensión de nuestro reciente pasado. Hoy, ese retorno se convierte en primacía, pero la música de fondo es similar: la sociedad civil, y no la determinación estructural ni la habilidad de la elite política, es la clave del éxito de la transición a la democracia.

Lo más notable de esta nueva edición consiste en que el argumento sobre la emergencia de la España democrática aparece en el marco de un ambicioso modelo de las relaciones entre estado y sociedad civil, adelantado ya entonces y ahora refinado. Pérez Díaz no ve a Leviatán surgiendo de las aguas, sino marcando con ellas una clara frontera: la sociedad es el mar, más turbulento, más dinámico; el estado es la tierra, más compacta, más estática. El movimiento de las mareas, con sus fases de flujo y reflujo, simboliza una relación en la que la crecida de la sociedad civil se acompaña de un retroceso, aún si solo relativo, del estado, mientras que el crecimiento del estado se acompañaría de un reflujo de la sociedad civil. Un juego que no llega a ser de suma cero, pero que se le parece mucho pues lo que baje la una lo subirá relativamente el otro y viceversa.

El problema de toda historia conjetural procede de las dificultades de encajar en la sencillez de sus elegantes construcciones la obstinada diversidad de los hechos. Ni el Imperio romano, ni los estados absolutistas, ni los estados de bienestar crecieron siempre a costa de un reflujo relativo de sus respectivas sociedades civiles. Más bien, ocurrió lo contrario: la fortaleza del estado fue la condición del despliegue de los mercados, institución básica de la sociedad. No es cierto tampoco que los estados liberales marquen una fase de ascenso relativo de la sociedad: Gran Bretaña, paradigma de estado liberal, aumentó en el siglo XIX su gasto público unos puntos por encima del crecimiento de su producto interior, que se dobló en ese periodo cada 20-25 años.

De ahí que presentar el protagonismo de la sociedad civil como contradistinto del estado puede llevar a una distorsión de la realidad histórica y conducir a la hipóstasis de la sociedad, joven demiurgo dispuesto a librar a la humanidad de las garras del viejo Leviatán. La relación parece, sin embargo, más compleja: como muestra el hecho de que no hay sociedad civil dinámica sin un estado que disponga de un sustancial presupuesto, no es solo la

dimensión del estado sino su configuración interna y su posición en el sistema interestatal lo que determina sus vínculos con la sociedad. Haber desestimado estas cuestiones deja la sugerente conjetura de Pérez Díaz reducida a sus elementos más simples pero también más polémicos: dos sujetos, estado y sociedad, limitados por una frontera, en pugna por un espacio común.

Esta visión de dos sujetos enfrentados, además de un argumento histórico, encierra una propuesta política: como el estado ha crecido desmesuradamente tras la Segunda Guerra, es hora ya de que la sociedad sacuda la modorra, se libre de su tutela y recupere el dinamismo. La propuesta, si excitante, es tan especulativa como la base sobre la que se edifica: el estado del siglo XX no ha crecido por lo que pueda tener de proyecto moral. Su masiva intervención en la producción, el aprovisionamiento, la salud y la muerte vino determinada por la Gran Guerra y la posterior crisis general del capitalismo. No importa que fueran liberales o socialistas quienes accedieran a los gobiernos: Francia y Gran Bretaña se adentraron por idéntico camino, a pesar de sus muy diferentes tradiciones estatales, para responder a las exigencias bélicas y aguantar los efectos de la crisis económica.

¿Es hora de invertir la tendencia? Tal fue el núcleo del mensaje neoliberal, con el resultado de que allí donde triunfó más plenamente -Estados Unidos- el estado ha tenido que hacer frente al mayor déficit fiscal de su historia. No es seguro, pues, que hayamos entrado en una nueva fase, sino tal vez en un nuevo recodo de una larga historia que comenzó en el siglo XVI y que no se deja reducir a ciclos ni a procesos trinitarios. Las relaciones entre estado y sociedad sufrirán en el próximo futuro hondas transformaciones, pero no tanto por un retorno de la sociedad civil como por los profundos cambios que han experimentado la demografía, la producción, los mercados, el capitalismo -ahora definitivamente transnacional- y el propio sistema mundial de estados en los últimos quince años y que exigen un tipo de intervención diferente a la determinada por las economías de guerra.

El lado práctico del argumento histórico y político de Pérez Díaz se revela también en su tesis sobre la democracia en España. En la metáfora del flujo de mareas, el franquismo sería la fase de ascenso del estado, mientras que la transición aparece como resultado de la emergencia de tradiciones liberal-democráticas en la sociedad civil. Dejando aparte la laxitud con que se maneja el concepto de invención de la tradición y el carácter intencionadamente no empírico del argumento, el problema es que la dictadura vocacionalmente totalitaria de los años cuarenta era menos estado que la dictadura burocrática de los sesenta. En España, la sociedad civil emergió con la reforma de la administración pública que, además del crecimiento del estado en términos cuantitativos y presupuestarios, abrió la posibilidad de desarrollo económico, expansión de los mercados y dinamismo social.

Pero al convertir a la sociedad civil en un sujeto autónomo, que enseña a los políticos las reglas del juego mientras los militares vigilan para que no se salgan del campo (como si ellos mismos no hubieran tenido que aprender las nuevas reglas), Pérez Díaz olvida el peso de los procesos de racionalización y burocratización del estado en la transición a la democracia. Sin embargo, esta línea de trabajo parece tan fructífera como su oportuna insistencia en el protagonismo de la sociedad civil, pues las anteriores democracias no llegaron a consolidarse no sólo porque faltaran tradiciones liberal-democráticas en la sociedad sino porque desde la bancarrota del estado absoluto, España careció

de un estado digno de ese nombre. Nuestro Leviatán era un gigante con pies de barro: ahí, más que en su dimensión, habría que buscar la causa del histórico raquitismo de nuestra sociedad civil.